

En fin, agotada la paciencia, la señora Chapelard se plantó ante su futuro yerno, le puso las manos sobre el chaleco, y con la punta de los dedos, y de la manera más inconveniente, comenzó a hacerle cosquillas.

El éxito sobrepujó a sus esperanzas. Vencido por el procedimiento mecánico, el flesgraciado Anatolio, sintiendo convulsiva hilaridad, abrió una boca como un horno; pero la abrió de tal manera, que la caza tan implacablemente encerrada se escapó de su terreno, en el cual se la había mantenido haciendo desesperados esfuerzos.

Pero de aquella científica experiencia, la señora Chapelard no oyó nada. Volviéndose vivamente hacia su esposo, le dijo:

—Le faltan tres muelas del fondo.

—No lo he visto, pero su aliento me inspira recelos.

Y los dos a la vez agregaron:

—No se casará con Berta.

Así se destrozó en flor la felicidad de aquellos dos muchachos.

El amigo Jorge

I

JORGE salía a caballo del bosque en el instante preciso en que yo entraba a pie por la misma puerta siguiendo mi costumbre burguesa de poeta lírico. Serían las cuatro y media, y el sol con sus colores de topacio y de cobre, iba trasponiendo, según los hermosos versos de Laurent Tailhade, de un modo fantástico, cortando su colorido con el negro esqueleto de los árboles, a los cuales no faltaban más que algunos ahorrados para tener un aspecto a la vez pintoresco y romántico. Pero como a la vez no han podido proclamarse los derechos del hombre y el de las encinas a sostener cadáveres, los inmortales principios del ochenta y nueve han venido y los árboles se han quedado sin ahorrados. Especialmente las copas parecían quejarse de la falta de frutos humanos en sus ramas, y sus grandes alas abiertas agitaban el aire con cólera, aire desprovisto de perfumes agradables. ¡Paciencia, compañeros! Si los verdugos huelgan, no es cosa de que nosotros hagamos su oficio. Verdaderamente era aquella una hermosísima tarde de invierno en que los mecheros de gas alumbraban la tierra a la vez que aparecían las primeras constelaciones en el cielo, pálidas y diamantinas como gotas de escarabajo sembrada por mano invisible en un campo infinito.

—Si tomásemos un vaso de luna?

Jorge saltó del caballo y entramos en uno de esos pabellones de techo remangado ocupados por elegante multitud y en los que también una o dos veces por semana festejan sus bodas los obreros y pequeños comerciantes. Precisamente dos jóvenes recién casados y su cortejo formaban corro en rededor cantando y diciendo cochineras como pasa siempre en situaciones semejantes. Se había puesto a tocar el piano un mocetón rubieundo, vestido con pretensiones, seguramente uno de esos artistas de café a los que se llama "Maestro", destrozando una de esas monstruosidades líricas que se popularizan. La joven esposa le contemplaba con ojos de admiración; el marido fumaba distraídamente su pipa.